

# MI RETRATO CUBISTA



Retrato de Ramón Gómez de la Serna, por Diego María Rivera

Yo tengo en mi despacho un retrato cubista, y cada vez noto que me parezco más á él. No os alarméis. Me parezco, por el contrario, cada vez menos á una mascarilla que me hicieron sobre mi mismo rostro, enterrado en yeso como un muerto, durante un cuarto de hora.

¡Estas son las paradojas del arte burlándose de la propia realidad!

Así, por causa de este retrato, no me escribirán esas señoritas banales que escriben al escritor por sus retratos ofreciéndole juna unión para toda la vida! Este retrato cubista es para provocar sentimientos más profundos y menos comprometedores y amenazantes.

Ahí está mi anatomía completa. Heme ahí después de la autopsia que se puede sufrir antes de morir ó suicidarse, la autopsia maravillosa y aclaratríz.

Ese que ahí veis es un retrato verdadero, aunque no sea un retrato con el que concursar en los certámenes de belleza. Con ese retrato me siento seguro y desahogado.

La pintura cubista, que ante todo ama el espacio, no me ha embotellado y me ha dejado libre y desenvuelto.

Cuando el gran mejicano Diego María Rivera pintó mis ojos, por ejemplo, no contempló estos ojos castaños que tengo, y cuya apariencia normal es para los «ritratistas», pero no para un gran pintor como él, sino que los observó como un técnico, como un «óptico» y se dió cuenta de los ojos que necesitaba en el retrato, y que eran complementarios y aclaratorios de los otros. En el ojo redondo está sintetizado el momento de deslumbramiento, y en el ojo entornado y largo, el momento de comprensión.

Así como en los ojos, el pintor se guió en todos los demás detalles por un sentimiento científico de pintar más que por un ingenuo fiarse de las apariencias. Siempre el óptico prodigioso.

Para el pintor cubista el carácter no depende del modelado. Está por encima de los accidentes, y tras eso va al pintor, teniendo en cuenta, más que la figuración de ningún plano, las cantidades, las calidades, lo que le interesa, el que él siente el tacto de las cosas, los contrastes de luz y sombra, el que si hubiera pintado toda la corbata roja le hubiera quitado potencia é interés, y por eso busca el complementario, que es el negro absoluto, el que para fijar la nariz le basta con la cifra lineal, y para hacer la boca le basta con un cruce proporcionado y el que él su-

giere el perfil con un leve claroscuro.

Esa consideración palpable, amplia, completa de mi humanidad, dando vueltas alrededor de su eje, es lo que más me complace en este cuadro desgarrado y mapamundial. Si algo hay en nosotros que se pueda llamar alegoría, eso está en estos retratos cubistas. Como un cuadro no es un espacio puro, sino un espacio convencional, establece alguna confusión el que para mostrar las cosas que hay detrás ó á un lado se tengan que mostrar buscando en el cuadro los sitios que queden al margen del centro, ocupando un lugar que no es el lugar puro en que debieran estar, sino el que les permite ocupar la imposibilidad de dar al cuadro un valor plástico de otro modo.

Yo, ¡qué queréis!, estoy muy satisfecho de este retrato, que tiene la condición de que es de perfil y de frente al mismo tiempo, y tengo el gusto de explicarlo con un puntero, como quien explica Geografía, pues somos verdaderos mapas más que trozos de paisaje.

En ese retrato hay más cantidad de elementos que en otros muchos, aunque haya menos uniforme y menos condecoraciones.

Al hacerme ese retrato Diego María Rivera no me sometió á la tortura de la inmovilidad ó á la mirada mística hacia el vacío durante más de quince días, como sucede con los demás pintores, ni me puso ese aparato que tanto se parece al garrote vil y que en las fotografías colocan detrás del cogote á los retratados. Yo escribí una novela mientras me retrataba, fumé, me eché hacia adelante, me eché hacia atrás, me fui un rato de paseo y siempre el gran pintor pintaba mi parecido; tanto, que cuando volví del paseo—y no es broma—me parecía mucho más que antes de salir.

El pintor tampoco se estaba inmóvil. A veces pintaba de espaldas á mí y, sin darme importancia, miraba con más interés el paisaje del balcón que á mí, ó leía un libro como si copiase párrafos de sus páginas con colores de su paleta. Todo el cuadro estaba rebatido sobre el horizonte, hacia la distancia, sin limitar el espacio, sin que el pintor se hiciese el sueco ante ningún problema y sin que dejase de ser peripatético. El no me podía tratar como á una momia inmóvil ni como quien por verme de frente podía hacerse el ignorante de que me conocía de perfil, además de conversando, vibrando y vi-

Ramón GÓMEZ de la SERNA

## UN SONETO DE EUGENIO DE CASTRO CATALINA DE ATHAYDE

Repousa lá no céo eternamente...  
LUIZ DE CAMÕES

No fuera yo cansado peregrino,  
sí, virgen de perfil armonioso,  
y si á elegir me diese Dios piadoso  
mi sendero, escogiera tu destino.

Te dió el Señor el Lirio Cristalino  
que quiebra cua'quier hábito gozoso;  
tú lo tomaste entero y luminoso,  
y tal estaba al fin de tu camino...

Para ti la ilusión fué aya amorosa,  
sombra suave de floridos ramos,  
mano sedeña pródiga de mimos...

¡Feliz, feliz! Tuviste, ¡oh, venturosa!,  
el perfume de cuanto ambicionamos,  
sin la espina de cuanto poseímos.

Tradujo  
Juan G. OLMEDILLA